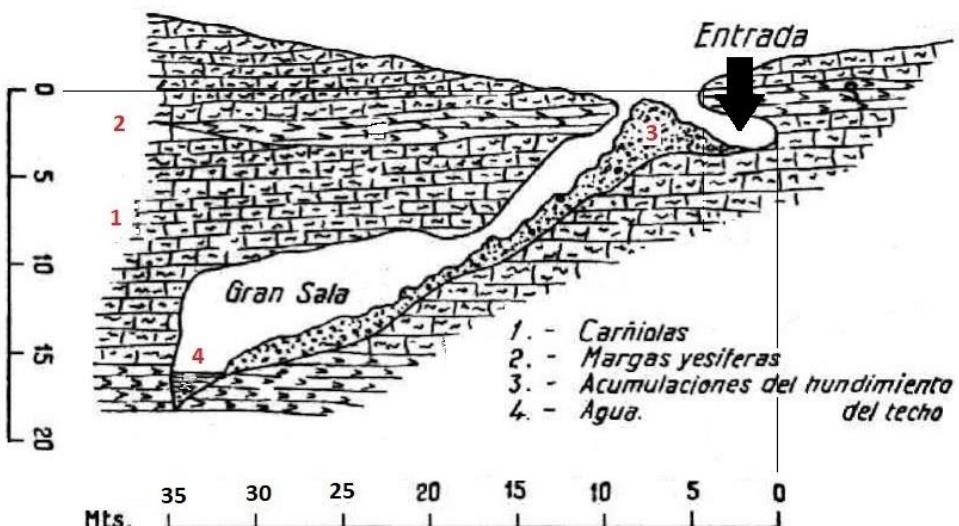




## LA CAVERNA ESPANTOSA DE MONTESINOS



**C**REO conveniente aclarar algún malentendido en relación a la aventura que se narra en el cap. dQ2-22, «Donde se da cuenta la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha». Es cierto que el Primo aconseja comprar la cuerda necesaria para bajar, y pues «don Quijote dijo que aunque llegase al abismo habría de ver dónde paraba», compraron cien brazas; pero no es menos cierto que sólo requerían algo menos de veinte brazas para esta aventura. Veámoslo.

Antes que nada diré que el Primo que guía a los protagonistas sólo conoce la ubicación de la cueva, pero nunca ha entrado en ella, y así, pedirá a don Quijote «que mire... con cien ojos lo que hay allá dentro: quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis *Transformaciones*». Sigamos. Llegados a la boca de la cueva, atan con la soga a don Quijote, quien «se dejó calar al fondo de la caverna espantosa». Los de arriba van soltando soga según él la va pidiendo a voces, «y cuando las voces... dejaron de oírse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de soga». Se diría, pues, que don Quijote ha descendido las cien brazas; pero sigamos leyendo.

Al cabo de un buen rato sin noticias de don Quijote, Sancho y el Primo deciden recoger la soga, y lo consiguen «con mucha facilidad, y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro», hasta que habiendo sacado más de ochenta brazas «sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente a las diez vieron distintamente a don Quijote..., y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendieronle en el suelo y desliaronle, y con todo esto no despertaba».

¿En qué quedamos? ¿Cuán de profunda es la cueva? ¿Cien brazas o veinte? La explicación la dará don Quijote en el cap. siguiente:

A obra de doce o catorce estados de la profundidad desta mazmorra, a la derecha mano, se hace una concavidad... capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas..., cuando ya iba cansado, y mohín de verme pendiente y colgado de la soga caminar por aquella escura región abajo sin llevar cierto ni determinado camino... determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese, pero no debistes de oírme. Fui recogiendo la soga que enviábades, y haciendo della una rosca o rimero, me senté sobre él... considerando lo que hacer debía para calar al fondo..., y estando en este pensamiento y confusión me salteó un sueño profundísimo. (dQ2-23)

La *brazza* es una medida antigua de longitud que equivale a dos *varas castellanas* o 1,67 m actuales. El *estado* se aplicaba a medidas de altura o profundidad, y también equivalía a dos *varas*. El panel informativo instalado fuera de la cueva indica que su profundidad es de 18 m (11 *estados*), así que el descenso no requería las cien brazas; lo que sucedió es que los de arriba no entendían las voces que les llegaban, y soltaban soga cuando don Quijote les pedía lo contrario.

La de Montesinos no es una sima, sino una cueva de fuerte pendiente (unos 35°) cuyo descenso sólo requiere prudencia y calzado adecuado (hoy lo facilitan algunos escalones tallados en la roca en la parte más pronunciada). Que el Primo prevea que don Quijote habrá de «descolgarse en su profundidad», y que éste se disponga a «despeñarme... empozarme... y... hundirme en el abismo», se debe a que no conocen la cueva. En cuanto a Cervantes, ¿también la desconocía? ¿La confundió con otra? ¿Acaso sí la conocía, pero, como buen novelista, alteró la realidad para dar así mayor dramatismo a la acción? Lo sorprendente es que si consideramos un triángulo rectángulo cuyos catetos miden 30 y 15 m (véase la fig. adjunta), su hipotenusa (lo que la cueva tiene de recorrido) resulta ser de 33,5 m: las 20 brazas que Sancho y el Primo hubieron de tirar de don Quijote.

Cervantes nunca describe la cueva; lo que el lector lee es lo que el fantasioso don Quijote imaginó antes y contará después para dejar boquiabiertos a sus acompañantes. Los intrépidos protagonistas de los libros de caballerías se enfrentan, capítulo sí y capítulo también, a semejantes aventuras, siempre a riesgo de la vida o de caer en algún encantamiento urdido por un perverso mago (la Montaña Temerosa, el Castillo del Bramido, la Laguna Hirviente...), sin faltar algún episodio en que caen en un sueño maravilloso. ¿Había de ser menos nuestro don Quijote? Ya en la Gran Sala, decepcionado (cuando no aliviado) por no ser la cueva lo que se temía, sólo dejó pasar el tiempo en tanto que tramaba aquella patraña en su fértil imaginación. Finalmente, se dejó sacar a la superficie «con muestras de estar dormido». ¡Vaya con don Quijote! Y ¡vaya con Cervantes, que casi nos hace caer en el espejismo!

Muy calculadamente, será Cide Hamete Benengeli, «flor de los historiadores», quien dos caps. más adelante nos confirmará que esa es la verdadera explicación de «la grande aventura de la cueva de Montesinos»:

Se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte... se retrató della y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias. (dQ2-24)